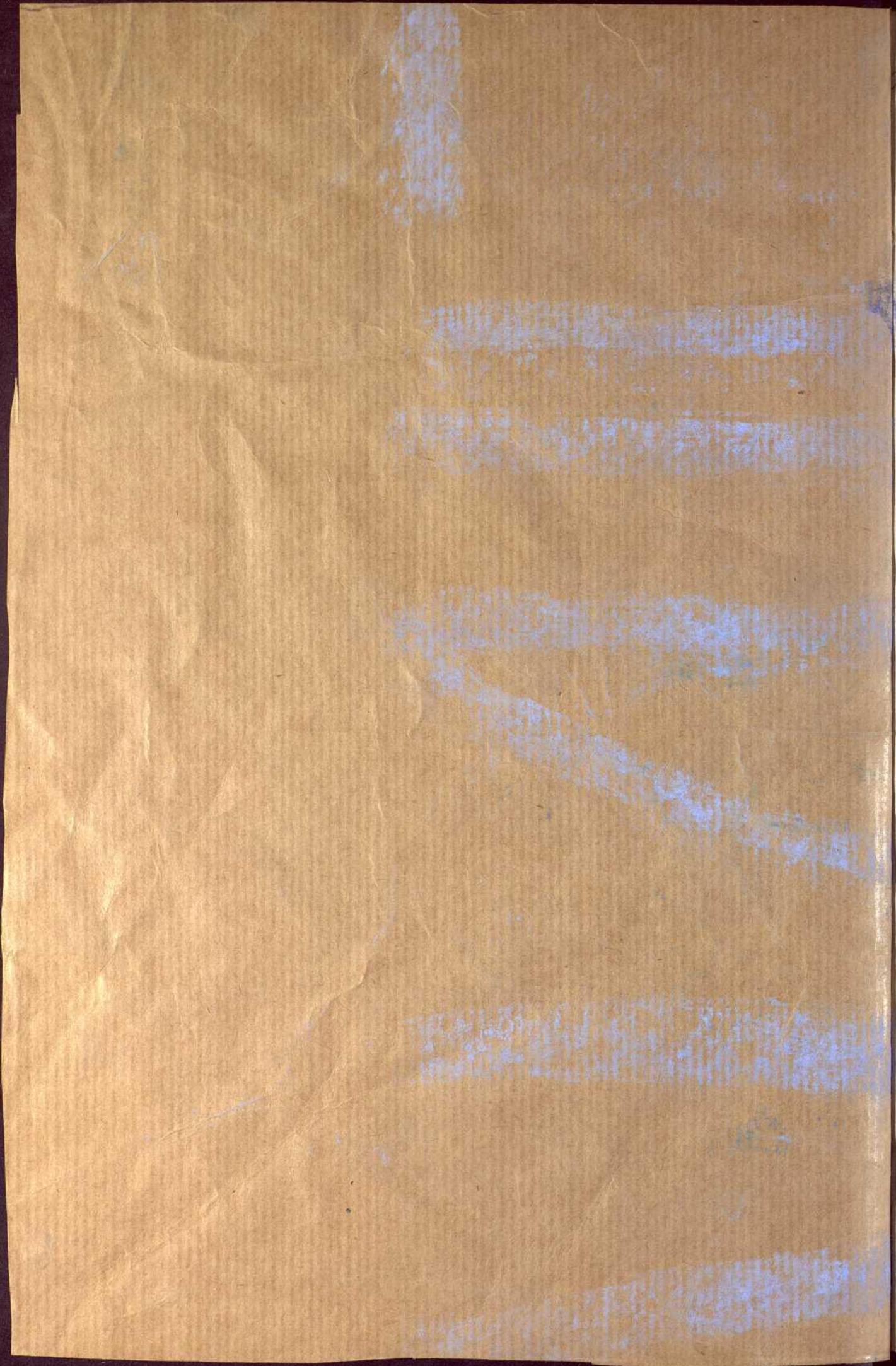


F  
429



42 Maria Isabel Braganca : 8-524

42-8

9

F  
42 9

D. 1.239.443

L. 1.239.452

ORACION FÚNEBRE  
EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS  
QUE

LOS IL.<sup>TRES</sup> CABILDOS ECLESIASTICO Y SECULAR  
DE LA CIUDAD DE CEUTA

DEDICARON A LA PIADOSA MEMORIA DE SU AUGUSTA SOBERANA

MARIA ISABEL FRANCISCA DE BRAGANZA,  
REINA DE LAS ESPAÑAS,

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL

EL DIA 17 DE FEBRERO DEL PRESENTE AÑO,

CELEBRANDO DE PONTIFICAL SU DIGNÍSIMO PRELADO

EL IL.<sup>MO</sup> SEÑOR D. F.<sup>Y</sup> RAFAEL DE VELEZ.

LA DIJO

*EL DOCTOR D. BARTOLOMÉ VENEGAS Y CABRERA,*  
*CANÓNIGO, DIGNIDAD DE TESORERO, Y CURA ÚNICO*  
*DEL OBISPADO.*

LA PUBLICA EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR D. JOSÉ MIRANDA, TENIENTE  
GENERAL DE LOS REALES EGÉRCITOS, GOBERNADOR POLÍTICO Y MILI-  
TAR Y COMANDANTE GENERAL DE DICHA PLAZA, PARA QUE SEAN NO-  
TORIAS A TODOS LOS ESPAÑOLES LAS ESCLARECIDAS VIRTUDES  
DE SU DIGNA SOBERANA.



VALENCIA

*En la Imprenta de Estévan.*

1819.

THE NATIONAL ARCHIVES  
COLLECTIONS

RECORDS OF THE  
DEPARTMENT OF THE INTERIOR  
BUREAU OF LAND MANAGEMENT  
LAND ACQUISITION  
FILE NO. 100-100000-100000

ALL INFORMATION CONTAINED  
HEREIN IS UNCLASSIFIED  
DATE 10/10/2001 BY 60322 UCBAW/STP



THIS DOCUMENT IS IN THE PUBLIC DOMAIN  
AND IS NOT TO BE REPRODUCED OR  
TRANSMITTED IN ANY FORM OR BY ANY  
MEANS, ELECTRONIC OR MECHANICAL,  
INCLUDING PHOTOCOPYING, RECORDING,  
OR BY ANY INFORMATION STORAGE AND  
RETRIEVAL SYSTEM.

*Mihi enim vivere Christus est, et mori lucrum.* D. Paul. ad  
Philip. cap. 1. v. 21.



Cierto que mi vida es Cristo, y mi ganancia la muerte.

SEÑORES ILUSTRISIMO Y EXCELENTISIMO:

**P**ablo en cadenas derrama copiosos raudales de celestial sabiduría que disipan la supersticion y vanidad del imperial Pretorio de Roma, y revelan á la fiel congregacion de Filipo el medio de morir anticipadamente para asegurar en las quiebras irreparables de la natural disolucion, el lucro incomparable de la vida bienaventurada é inmortal. Cierto, les dice, que mi vida es Cristo, y mi ganancia la muerte. La paz que gozo, la confianza que me anima, y la libertad que me honra, forman un santuario de seguridad y firmeza contra el que se desvanecen y estrellan los furiosos embates de las adversidades. Rico ó pobre, libre ó esclavo, loado ó infamado, amado de los hombres ó despreciado, sano ó enfermo, vivo ó muerto, de todos modos sirvo á Dios, busco su gloria, y fluctuo entre la vida y la muerte; pero soy víctima que pende de la suprema voluntad de su Criador. Cierto que mi vida es Cristo, y mi ganancia la muerte.

No dudaba San Pablo que vivía esta vida temporal; mas no la que viven los impíos, y lo que no puede decirse sin horror, la que vivimos por lo comun los que solamente renunciarnos al mundo con sus pompas, y al diablo con sus obras en el baño saludable de la regeneracion. Porque ¿como vive esta vida el que no la desea? ¿como vive esta vida el que con ansia anhela por la venidera? ¿como vive

esta vida el que desprecia la muerte y detesta todo lo terreno? No, no vive esta vida el que conculca las perecederas bellezas, y seductores atractivos que la hacen amable.

Hermanos míos, ¿no veis delineados en los sublimes afectos de tan gran Príncipe de la Iglesia, los que proporcionalmente constituían el carácter de la virtuosa y amable Reina, cuya muerte lloramos? ¡Ay! oidla, si, oidla entre las mortales agonías del violento accidente que rápidamente la conduce al sepulcro, hablaros con débil y moribunda, mas suave y cariñosa voz: »Españoles, no temais: nací para Dios, viví para Dios, serví fielmente á Dios en la prosperidad y adversidad, en la humillacion y engrandecimiento, en la vida y en la muerte, y cumplió á los fines insondables de su providencia arrancar de en medio de vosotros esta victima que pendiente siempre de su soberana voluntad, suspiraba y deseaba la consumacion del sacrificio. Vuestros votos por mi vida temporal y esperada sucesion fueron oídos, llegaron al trono de la divina clemencia; pero el Dios de las bondades que hace servir las oraciones de sus siervos á su gloria, despachándolas segun el orden de los consejos eternos, dispone que nazca á nueva vida, y que sin tardanza sea deliciosamente sumergida en el abismo inagotable de la divinidad con las preciosas prendas de mi fecundidad. No os desamparo, no me separo de vosotros; pues si cual generosa Madre cordialmente os amé, y sentí sobremañera vuestras pasadas calamidades y subsiguientes infortunios, jamás, jamás cesarán mis ardientes súplicas por vuestra futura felicidad, único y singular legado que debo á mi caro Esposo. Desfallezco, hijos míos: un golpe imprevisto corta el hilo de mi vida mortal en la flor de mis años; mas porque temí al Señor en la veloz carrera

de mi peregrinacion, la claridad me circunda en las horrosas sombras de la muerte, y las bendiciones, como suave rocío, henchirán la tumba que cubra mis heladas cenizas."

Calla. Un profundo sueño indica que repentinamente pasó á la region inmensa de la eternidad. ¡Acontecimiento funesto! ¡Parca, inexorable parca! ¿que has hecho en el corto espacio de pocos minutos? ¡Ah! sacrificar la mejor Madre, sin perdonar al fruto de su vientre. ¡Que desolacion! Tan ruinosa como inesperada novedad, á guisa de trueno espantoso, parece que desquicia los fundamentos de la Monarquía española, difundiendo la consternacion, el terror y la confusion por todas partes. Grandes lamentos, tristes ayes, continuados suspiros, amargos llantos y desconsolados gemidos estremecen el Real Palacio. El dolor, el pasmo, la misma imágen de la muerte se ven retratados en todos los semblantes. Un sentimiento universal sella tan irreparable desgracia. El Rey llora abismado en su nada: los Infantes quedan desolados, anonadados en su flaqueza: los Príncipes y Magnates sollozan mirando su fin: al Pueblo entero se caen las manos, sobrecogido de pena y turbacion. Unánimes todos, exclaman: ¡Ay de nosotros que perecimos envueltos en tamaña ruina!

Este eco terrible del clamor y del lamento se siente en las Cortes de Paris, Viena, Dresde, Nápoles, Roma y Turin, y las conmueve y conturba: se propaga cual rayo destructor á la Corte del reino reunido del Portugal y Brasil, y la consterna y la inunda de angustia, afliccion y sobresalto: rápidamente se comunica á la Tierra-Firme é Islas del Nuevo Mundo, y sucede que el Viejo y Nuevo Mundo lloran porque conocieron en-

trambos el mérito singular de tan ilustre y virtuosa difunta.

Lloremos todos, hermanos míos. Justo es y conveniente que rindamos este homenaje de nuestro amor, benevolencia y gratitud á la buena memoria de nuestra Reina y Señora en estos peligrosos tiempos, en los que la falsa sabiduría denigra la Magestad de los Tronos, y proscribe la pompa de los ritos Eclesiásticos, ó la Religión misma. Detestemos la seducción. La fe que nos ha congregado en este Santo Templo nos enseña la obligación de ser misericordiosos con los fieles difuntos, y nos demuestra el sagrado deber de orar sin intermision por nuestros Reyes y Príncipes que militan, y tambien por los que finaron y descansan en paz.

El Omnipotente, el Supremo Arbitro de la vida y de la muerte: el Dios terrible que quita la vida á los Príncipes, y se complace en manifestar su severidad con los Reyes de la tierra: el Soberano Juez que juzgó ya á la Reina de España y de las Indias, pesándola como el mas desvalido de los mortales en la fiel balanza de su justicia y equidad: el Dios de las venganzas y de la misericordia truena hoy; y con poderío y magnificencia nos habla al corazon por medio del ronco sonido de las campanas, por medio de ese lúgubre aparato, de esas luces, de ese cenotafio sembrado de insignias y símbolos de la muerte, de ese canto triste, de esas ceremonias magestuosas, de esos paramentos negros, y principalmente por medio de ese divino sacrificio de valor infinito que ha ofrecido nuestro digno Pontífice: ora para recordarnos la volubilidad de las cosas terrenas: ora para descubrirnos el misterio de la resurreccion de los cuerpos é inmortalidad del alma: ora para persuadirnos que los justos que mueren en su amistad, viven en su misma muerte; porque él es la

resurreccion y la vida: ora para hacernos conocer la necesidad de estos sufragios tan importantes á los predestinados detenidos en el fuego purgatorio, hasta que plenamente queden purificados de las faltas é imperfecciones, en que por la humana fragilidad incurrieron.

Tal es el trueno del Altísimo en este dia de quebranto y amargura. Trueno poderoso que sobresalta á los impíos y pecadores, y troncha los altos cedros del libano; pero que impreso firmemente en la noble y cándida alma de la Reina, produjo aquel encantador cúmulo de virtudes que la sublimó á la grandeza peculiar de los Príncipes amados de Dios y de los hombres, que muertos al mundo sacrificaron la brillantez aparente del solio al Rey inmortal de los siglos, dejando á las generaciones venideras exquisitos egemplos de perfeccion y santidad. No creais que vilipendio el ministerio santo de la palabra que se ha confiado á mi insuficiencia, ni que hago de la cátedra de la verdad un despreciable teatro de vil adulacion, ó interesada lisonja. No me falta por la gracia de Dios aquel grado de fortaleza que debe distinguir á los Ministros del santuario para publicar los vicios manifiestos, y cualidades apreciables de los grandes Personages, cuya superior gerarquía reclama estos honores fúnebres; pero la verdad, la santa é inviolable verdad pone en mis labios palabras de edificacion, de consuelo y de sólida esperanza capaces de mitigar el justo dolor que nos oprime, tejiendo las alabanzas de la muger fuerte, que mortal é improvisamente herida desapareció de entre nosotros en la primavera de su edad, como flor hermosa que por la mañana ostenta su verdor, y por la noche se marchita.

Bramen enhorabuena los impíos, los seductores y enemigos del orden religioso y civil á vista de estas pia-

dosas demostraciones: blasfemen cuanto quieran los sábios segun la carne que se burlan de las recompensas y castigos eternos para vivir una vida brutal; que yo sin temor de sus invectivas, sarcasmos y picantes sales, presentaré el bello cuadro de la vida egemplar de la Reina nuestra Señora, delineando para nuestra instruccion y enseñanza sobre sólidas aunque falibles bases una criatura dependiente siempre de su Criador. La gracia la previno y estampó en su corazon los celestiales afectos que ardian como activo fuego en el encendido pecho del Apóstol San Pablo, y le hacian verdaderamente libre, feliz y grande en los varios acontecimientos de su mortal carrera. La gracia la sostuvo en las vicisitudes mas peligrosas. La gracia la siguió al tálamo nupcial; pero dejándose ver rodeada de los resplandores del Trono, colmada de riquezas, vestida de púrpura, y asistida de copiosa servidumbre, ocultó no obstante en su interior otras riquezas inamisibles, buscó otros resplandores mas duraderos, se adornó con la blanca túnica del cordero immaculado, murió á la figura del mundo que pasa, y vivió una vida escondida con Cristo en Dios. Murió voluntariamente satisfecha de la dignidad á que habia sido predestinada, y consiguió las ventajas incomparables de la bienaventuranza incoada. Murió naturalmente, y arrebató los frutos inenarrables de la felicidad consumada. Desenvolvamos esta máxima fundamental del Evangelio. Ciñámonos la al sugeto de nuestro discurso, y confesemos que fue victima consagrada á Dios en el tiempo: víctima unida á Dios en la eternidad. Dos reflexiones que formarán el elogio de la muy ilustre, muy noble y siempre augusta María Isabel Francisca de Braganza, Reina de España é Infanta de Portugal.

## PRIMERA REFLEXION.

No vengo á celebrar las brillantes acciones de una Reina que se hizo grande y digna de ocupar distinguido lugar en los fastos de la historia por sus empresas políticas y militares, por sus relaciones diplomáticas, ó por sus vastos conocimientos en la ciencia del gobierno. Vana es vuestra espectacion, si habeis concurrido á esta suntuosa parentacion á saciar la curiosidad, y deleitar el oido con valientes rasgos de elocuencia empleados en pintar sangrientas batallas, en delinear secretos manejos de famosas alianzas, ó en describir interesantes proyectos de mejoras, reformas ó engrandecimiento del Estado. Vengo, si, á encarecer las eminentes obras de una Reina que se hizo mas grande que los héroes mundanos, procurando cumplir con todo esmero el solemne pacto por el que libre de la esclavitud de Satanás, murió al siglo, á sus pompas y vanidades. Su gloria es interior: es la hija del Rey de los Reyes, cuyas ocultas hazañas se conservan escritas en el libro de la vida.

No lo dudeis. En la escuela de Jesucristo se llama realmente grande aquel que posee la ciencia de la salvacion: aquel que sabe dominar su ánimo: aquel que por muchas y no interrumpidas victorias sobre sí mismo consigne mayor gloria que la de los orgullosos conquistadores: aquel que revestido de la caridad del Padre celestial, sale de este mundo pisando cuanto en él se ama, porque todo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida. El mundo y su concupiscencia pasan; pero el que pende de la voluntad de Dios, y la hace, no falta jamas: es un ser privilegiado

que mezcla su vida con la de su Criador, y adquiere una solidez eterna.

Con la leche bebió tan elevadas ideas nuestra amabilísima Reyna; y en lugar del natural engreimiento que suele seguirse á un nacimiento ilustre, comenzó desde su infancia á temer á Dios, cumplir sus mandamientos, y contemplar la profundidad y alteza, la equidad y dulzura de sus testimonios. Con la edad creció su amor á la Religion Santa que habia profesado. Sus dogmas, misterios, arcanos, sacramentos y verdades, aun las mas terribles, creaban su espíritu, dilataban su corazón y vivificaban su alma. Meditaba los juicios incomprendibles del Altísimo, y cantaba himnos y le rendia gracias inmortales; porque eligiéndola entre cuentos de criaturas, que yacen en la region de las tinieblas, la plantó como frondoso plátano en el Paraiso de su Iglesia; la regó con su preciosa sangre, la trasladó de la muerte del pecado á la vida de la gracia, y le dió derecho á la herencia de los Santos: derecho sobrenatural y gracioso que miró ya como todo su bien, toda su dicha, toda su riqueza: á cuya participacion encaminó todos sus pensamientos, palabras y obras, todos sus deseos, acontecimientos, y accidentes bien prósperos, bien adversos, cual verdadera víctima que no tiene eleccion sobre el género de sacrificio con que haya de ser inmolada.

Tan nobles y religiosas disposiciones, tan sublimes y piadosos afectos distinguen á esta Princesa inocente en la aurora de su mortal peregrinacion. ¿Cuales, pues, y cuantos no serian sus rápidos progresos auxiliada con los sábios consejos, especiales documentos, y singulares ejemplos que le dieron sus fidelísimos Padres, émulos de la religion y piedad de sus ínclitos progenitores? ¿Confiaron

acaso su educación á personas célebres por sus méritos, probidad y sabiduría? Nada menos. La vigilantísima Madre conoce el gravísimo peso de sus obligaciones, y las llena en toda su extension. No, no juzga oficio ageno de la magestad del solio cuidar por sí misma de la sólida instruccion de su hija, darle importantes avisos contra el lujo, el superfluo adorno y ominosa ostentacion (fatal sepulcro en el que con las buenas costumbres se enterran inmensos caudales de familias esclarecidas), y enseñarla á coser, bordar y dibujar. Si reputa necesario perfeccionarla é ilustrarla con el conocimiento de varias lenguas, segun su clase y alta condicion, escoge y llama Maestros hábiles y timoratos; mas no les permite entrar, hablar, dar lecciones ni explicaciones, si no en su presencia. Severa é inflexible no dió lugar en negocio tan delicado á las frecuentes cortesías que desdiciendo de la sana moral, emponzoñan por desgracia las mejores inclinaciones. Ella fue con verdad Madre, Maestra, Aya, lo diré con propiedad, el Angel tutor y defensor de la inocencia de su hija: la que le inspiró sábias máximas morales y políticas: la que la radicó y confirmó en el temor santo de Dios, y en la pureza de la fe: acostumbrándola á execrar toda novedad é impiedad que se levanta contra la ciencia de Dios, y á fomentar su devocion con la frecuencia de los Santos Sacramentos. Ella fue la que fijó en su delicado corazon el amor de Dios sobre todas las cosas, y el de los prógimos como el de sí misma: inculcándole que el grado que divide á los superiores de los súbditos no es otro que el orden establecido para bien del universo y de las humanas sociedades por la divina Providencia; en cuyos inmutables decretos están numeradas las dinastías de los Reyes, con sus precisas épocas

y las espantosas vicisitudes de los imperios y monarquías. ¡Que torrente de doctrina tan conforme á la filosofía cristiana y sana política!

Filósofos turbulentos que despreciáis la potestad real, retratando con el veneno de un lenguaje seductor á los Soberanos como seres insensibles en el desempeño de los deberes domésticos, y como tiranos en el ejercicio de la soberanía, contened vuestra imprudente audacia. Sirvaos de perpetua confusion el poderoso ejemplo que propongo. Los Reyes son vivas imágenes de Dios en la tierra. De lo alto recibieron la espada que no ciñen en vano. Ellos son los verdaderos Padres de la Patria y protectores de la Religion. El mas sagrado de sus cuidados, es vigilar para que ni aquella ni esta sientan detrimento de la funesta educacion de sus hijos. Por esto los detestan, enseñándolos á humillarse y anonadarse ante el Dominador de los siglos del que hubieron la vida no solo para emplearla en su servicio, si no tambien para consuelo, alivio y edificacion de sus semejantes. Plugiese al Cielo que los imitaseis, enmudeciendo, sediciosos.

En efecto, la conducta irreprehensible de María Isabel Francisca, sazonado fruto de la mas recta educacion, vindica la Real casa de Braganza de las negras calumnias de semejantes impostores, peste del género humano. Ella se dejó ver loablemente ocupada en el Palacio, sumisa á sus Padres, afable en la sociedad, religiosa en el Templo, modesta en todas partes, piadosa con Dios, humana con los hombres, humillada y confundida, cuando en lo mas secreto de su retrete oraba al Padre celestial en la efusion de su alma, jurando guardar los juicios de su justicia, crucificada al mundo, muerta á sus grandezas falaces, y abstraída de su concupiscencia. Ella

si registra la historia de sus invictos ascendientes, admirando la nobleza de los Emperadores, la fortaleza de los Conquistadores, y la prudencia de los Legisladores: estudia, medita y pondera las heroicas virtudes de Fernando, Luis é Isabel, considerándolas, como el único patrimonio que habia heredado de sus mayores. Ella si piensa en las convulsiones políticas y desastrosas de la Europa: si sabe que sus mas ilustres Deudos caen del sòlio, ó son presa de un violento opresor: si con toda su familia huye precipitadamente abandonando la Corte de sus Abuelos: ve la mano invisible del Omnipotente que castiga: ve la piedra que se desprende del monte, y destroza la estatua: mas conforme con la divina voluntad repite lo que dijo el Santo Job: el Señor lo dió, el Señor lo quitó, sea bendito su nombre.

El Altísimo probó por modos tan extraordinarios la fidelidad, sumision y constancia de esta su grata víctima, humillándola y mortificándola para vivificarla y engrandecerla. Entonces cuando tendia el arco y vibraba las saetas de su furor contra los Potentados de la delincuente Europa, dando poder al azote de su justicia para debelarlos ó cautivarlos: entonces, entonces instruia á estos, y cubria con su sombra y guardaba á aquella en el asilo del Jeneiro para ser en su dia las delicias y consuelo de un jóven Monarca cautivo, y el honor y alegría del magnánimo pundonoroso Pueblo que rompió sus cadenas, agotando todos sus recursos, y prodigando su sangre con heroismo sin semejante en la historia de los siglos que proporcionó la paz al mundo entero. No sirven cálculos para detener ó impedir esta alianza sancionada en los destinos eternos. Los pactos se celebran, y la Religion consagra el enlace de María Isabel Francisca con el deseado Fernando.

¡Que transportes de júbilo nó se notan en el Pueblo generoso que impaciente la espera con la noticia de su arribo al Emporio gaditano! ¡Que espectáculo tan glorioso no ofrece á la vista su entrada en compañía de su augusta hermana entre repetidos aplausos, vivas y aclamaciones! Por su modestia y afabilidad arrebató la atención de las gentes, y por su piedad y lágrimas vertidas ante el Dios de la Magestad, á cuyo Santo Templo voló con las alas de la fe, para adorarle en espíritu y verdad, luego que pisa tierra, libre de los peligros del mar, las unió á sí con vínculo indisoluble. Su viage de Cádiz á Madrid fue el triunfo de la religion y de la fidelidad. De aquella, porque edificó todas las Ciudades, Villas y Aldeas del tránsito con monumentos irrefragables de amor á Dios y á los hombres: de esta, porque recibió por todas partes testimonios indudables de respeto, subordinación y afecto. Su piedad empero brilla, encanta y enajena en los previos espirituales ejercicios que dispone para subir con pureza al lecho nupcial.

Sentada en el trono: colocada en el ápice de grandeza con dos Mundos á su obediencia: ¿se exaltó su corazón? ¡Ah! sus virtudes tomaron mayor incremento, y se desarrollaron y lucieron para nuestro comun provecho. Esta Ester no mudó de educacion, se humilló mas, y temió mas al Señor. ¿Con que respetuoso cariño no trató á su caro Esposo? ¿Con que veneracion á los Prelados y Sacerdotes? ¿Con que urbanidad á los Grandes? ¿Con que dulzura á los Pretendientes, Pobres y Desvalidos? ¿Con que miramiento á los Empleados y Domésticos? Solo para sí misma guardó la rigidez, y severidad, la austeridad, y el trabajo.

Sábía conoce el nuevo orden de obligaciones en que

ha entrado, y las cumple religiosamente, regulando con prudencia la casa y familia, circunscribiendo los límites de su autoridad, y poniendo un muro de division entre los negocios familiares que le pertenecen, y las delicadas y espinosas funciones del gobierno del Reino que corresponden á su augusto Esposo. No comió ociosa el pan. La ley de la mas rigurosa economía es el primer ensayo que marca la solidez de su juicio, y determina el modo con que se ha de hablar en su presencia, y se ha de permanecer en su servicio. Penetrada del alto punto á que habian llegado las calamidades, ¿no se fatigó su espíritu, y conmovió toda con las fiestas, diversiones, y ágasajos que dispusieron las ilustres corporaciones para recibirla y obsequiarla con magnificencia, temerosa de que por esta causa se propagase mas la general indigencia? Satisfecha de la decadencia del Real Erario, ¿no se opone con teson y buen éxito á la egecucion de ciertas obras suntuosas preparadas para hermostear y adornar su habitacion, diciendo: *Mejor es invertir estas sumas en camisas para los Soldados, y que se hagan por nuestras manos?* ¡Oh inmortal egeemplo de voluntario desprendimiento, que señala á los Soberanos los verdaderos principios de la ciencia económico-pública, les manifiesta la justa recompensa que deben á la benemérita milicia, y detalla el plan fácil para disminuir las cargas y pechos de los vasallos, con notable progreso de las ciencias y artes, del comercio y agricultura, fecundo manantial de la riqueza de las naciones! Todo proyecto de economía merecia su aprobacion, porque ardia en deseos de ver extinguidas las deudas de la Corona.

Dotada de singular penetracion y despejado entendimiento niveló las horas del sueño por la exigencia de sus

ocupaciones, levantándose con la luz del día, ó previniéndola muchas veces. Sus tareas diarias se reducian á coser, bordar, hacer media, dibujar ó escribir. Sus honestas recreaciones á la cria de varias clases de aves y gusanos de seda. Manifestó poca inclinacion á las diversiones públicas que pasan por indiferentes, y si concurrió alguna vez á ellas, lo hizo sin duda por inocente condescendencia. Su vestido comun era decente, pero sin lujo: el traje público conforme al estilo de la Corte; mas honesto, y sin profanidad. No podia sufrir inmodestia en el vestir. Ciertas personas, en quienes notó falta de moderacion y decencia, experimentaron su justo resentimiento y debida correccion. Familiar en el trato con sus hermanos, nunca usó con ellos de la etiqueta de Palacio, olvidada de la Magestad. Dedicada particularmente al obsequio de su caro Esposo, lo amó tan tierna y cariñosamente, que por sí misma le aplicaba las medicinas en sus ligeras dolencias, y le servia el alimento. Se disgustaba cuando lo veia triste y pensativo, y le preguntaba con ternura: Fernando, ¿soy yo la causa de tu tristeza? ¿te he dado algun disgusto? ¡Oh muger verdaderamente fuerte, venida de los últimos fines de la tierra! ¡Dichoso Esposo, que te entregó su corazon, conociendo el exquisito precio de tu interior belleza!

¿Que madre de familias desempeñó mejor los oficios que dicta la naturaleza, y confirma la religion? ¡Ah! Señoras delicadas, que por motivos temporales é infundados entregais vuestros hijos para ser criados por mugeres estrañas, confundíos. Isabel de Braganza, Reina Católica, concibió y realizó el edificante designio de desterrar las nodrizas de las casas de los Magnates, criando á sus pechos la Infanta que le dió el Cielo, y que poco despues llamó Dios á su gloria, limpiándola, mudándole los paña-

les por sus propias manos , acallándola y durmiéndola en su regazo, y conduciéndola en sus brazos con general aclamacion. Resuelta á seguir sin alteracion tan loable práctica , como tambien á no dar ayos á sus hijos , ni ponerlos en cuarto separado segun usanza del Real Palacio, decia con tanta verdad como justicia: *Nadie mejor ayo de los hijos que los propios padres: los mios no se apartarán de mi lado.* Feliz educacion, que produjo tan preciosos frutos para edificacion de los españoles, y sempiterno oprobrio de los enemigos del trono. Tengo razon para repetir que esta Ester no mudó de educacion.

Solícita dentro de casa, convertia despues su poderoso influxo al interes general del Estado, protegiendo las artes y ciencias, la agricultura y comercio. Visitó todos los establecimientos de instruccion pública, y de beneficencia; y honró la Academia de dibujo, remitiéndole como regio don algunas obras que habia trabajado, las que merecieron universal aplauso. Sobre todo llamó su atencion, y excitó su magnificencia el Museo del Prado casi derruido, fomentando y coadyuvando á su reparacion para que sirviese de asilo á las ciencias, y de recreo útil á toda clase de sabios y literatos. Académicos zelosos del esplendor y adelantamientos de las Nobles Artes, erigid soberbios monumentos que inmortalicen el nombre de vuestra Protectora, y transmitan sus obras hasta la posteridad mas remota. Tributadle este honor que merece con mas justicia que los Alexandros y Demétrios visitando las oficinas de los Apeles y Protógenes: con mas razon que los Carlos y Franciscos premiando á los Ticianos y Vincis. Honró, ennobleció, engrandeció vuestra profesion cultivándola; y tanta era la estima que hacia de ella, que con el tiempo hubieran visto rena-

cer el siglo de oro de las artes y ciencias, el siglo de la prosperidad nacional, el siglo de los hombres extraordinarios, el siglo de las recompensas de la virtud y del mérito.

Las consoladoras ideas de proyectos grandiosos, de que suele pender la felicidad de los reinos, inflamaba su noble ánimo; pero la penetrante imágen de las necesidades públicas y particulares no se borraba de su mente, y lastimó siempre su sensible corazón. De aquí aquella caridad ardiente que no tenia mas límites que la escasez del erario. De aquí aquella continua inversion de los limitados fondos del bolsillo secreto en limosnas, ocultando la mano bienhechora que destilaba el abundante rocío. No parece si no que la compasion y misericordia crecieron con ella. Abrió sus manos al necesitado, y extendió sus palmas al pobre. La gratitud y el tiempo pregonaban las heroicas acciones de su ilimitada beneficencia.

¿Que diré de su amor á los pobres enfermos, á las criaturas desvalidas y desamparadas? ¡Oh! Díganlo sus repetidas visitas al Hospital General. Publíquelo á voz en cuello la Congregacion de las hijas de la caridad, siervas de los pobres enfermos, destinadas á servirles, y á cuidar de los niños expósitos. Se desvela por la propagacion de este instituto el mas interesante á la humanidad doliente, y expuesta á perecer en los primeros instantes de la vida: impetra de la Silla Apostólica, en cuya veneracion se mantuvo constante, Bula para que todas las casas separadas se reúnan á la primitiva obediencia, y tiene la dignacion de admitir el cargo de Superiora general, constituyéndose protectora de tan útil establecimiento. ¿Y como explica su nueva autoridad? visitando como Reina, ó como Señora particular la Real Casa de la Inclusa de la

Corte , que dirigen y gobiernan las indicadas hijas de la caridad : recorriendo una por una las cunas de los inocentes niños ; y ¿ no se le vió tomar uno de ellos en sus brazos , quitarle los pañales sucios , y envolverlo en otros limpios con el amor de la mas afectuosa madre ? ¿ Hubiera tratado con mas cariño á su propio hijo ? ¡ Oh rasgo de profunda humildad ! ¡ Oh Reina magnánima ! Jamas fuistes mas grande que en estos preciosos momentos tan fastidiosos para los grandes del mundo. Detractores hinchados de los Dioses de la tierra , cesen ya vuestras sacrílegas imputaciones. No , no salen de la celsitud del trono rayos destructores de la sociedad , sino benéficos fuegos protectores de la humanidad. No , no se desprenden de aquel centro comun del poder centellas funestas á la religion y á la moral , sino luminosos arcos de paz y de reconciliacion , capaces de disipar los extravíos de los impíos y espíritus fuertes , y de separar á los pecadores de las torcidas sendas de la corrupcion é iniquidad. No dudo que la virtud padece sus eclipses en los palacios de los Reyes , porque no son lugares exentos de las humanas flaquezas ; pero conozco que comunmente brilla en ellos , derramando resplandecientes fulgores por toda la redondez del globo.

Si , hermanos míos , consolaos , y oponed con firmeza á las criminales invectivas de los adversarios del trono el bello contraste de la vida pública de Isabel de Braganza. Ella es una leccion importante para todos los pueblos que respetan la justicia , y aman la honestidad ; pero mucho mas interesante y provechosa para nosotros , porque nos enseña el modo de morir anticipadamente , para comenzar en este valle de lágrimas la vida bienaventurada é inmortal segun requiere la santidad de nuestra profesion. Llena de fe viva usó de este mundo como peregrina : holló las

grandezas terrenas , y esperó los bienes incómutables y eternos. Como Ester fue pobre entre riquezas inmensas: como Isabel Reina de Portugal fue humilde entre los resplandores del solio , y los honores del imperio. Dependiente siempre de su Criador , hizo su voluntad en el estado virginal y conyugal. Vivió en el mundo , mas no perteneció al mundo , porque muerta á sus pompas y vanidades vivió para solo Dios. Por esto no temió la muerte corporal que no le paraba detrimento si no lucro , pudiendo decir con el Apóstol San Pablo: cierto que mi vida es Cristo , y mi ganancia la muerte. ¡Dichosa víctima , que supo morir en vida , para vivir en la muerte! ¡Feliz víctima , que supo consagrarse á Dios en el tiempo , para unírsele en la eternidad!

#### SEGUNDA REFLEXION.

Si me hubiera tocado la suerte deplorable de hablar elogiando en presencia de tan respetable y religioso concurso una Reina , que prendada de las transitorias bellezas del siglo , sepultada en los errores de la impiedad , ó sumergida en afrentosos desórdenes , hubiese repentina é inopinadamente descendido á los abismos de la muerte en la lozanía de su juventud : ¡ay! mis ojos se convertirían en fuentes de lágrimas , y pegada la lengua al paladar explicaría mi dolor agudo con muda elocuencia : ó si balbuciente pudiera producir mis conceptos , describiría con pinturas horrosas las severas venganzas del Omnipotente con los orgullosos Potentados que son piedra de escándalo , cuya vida es breve : ó persuadiría la inconstancia de las grandezas terrenas con la pronta caída de estos colosos aereos , que se desvanecen como el humo , que pasan

como la fugaz sombra, y entierran su detestable memoria con ruidoso sonido.

No, no es el objeto de mis elogios una Jesabel monstruosa, una Reina impía, una madre desnaturalizada del Pueblo de Israel, que pierde la vida en la mitad de sus años de un modo inaudito y horrendo, verificándose el exterminio de la proscripta raza del malvado Acab por disposición del Altísimo, predicha por el Profeta Elías, y cumplida en los días de Eliseo. Doy gracias á Dios: mi espíritu se regocija, y mi alma sobreabunda de gozo, porque distante de tales temores, y siguiendo la doctrina evangélica, sostenida por el uniforme sentir de los Padres y Doctores de la Iglesia, puedo y debo anunciaros la muerte imprevista de Isabel de Braganza, Reina piadosa, Madre egemplar de la Nacion Ibera, clara hija de la religiosa familia de Braganza y de Borbon, amada de Dios y de los hombres, como tránsito á la vida bienaventurada é inmortal; como delicioso sueño, que consumando su muerte voluntaria la unió perpetuamente con su Criador. ¡Que dicha! Su memoria pasará entre bendiciones hasta las generaciones de los siglos, y sus alabanzas se predicarán en la Iglesia de los Santos.

Ideas tristes y melancólicas, pensamientos de confusión y de sobresalto, imágenes espantosas de sombras y tinieblas, efectos inseparables de la muerte repentina de los impíos y pecadores que no conocieron mas Dios que su vientre, ni mas fin que la ruina, no vengais á turbarme en este día de consuelo y de esperanza para mí, y para todos mis hermanos, y de paz y descanso para nuestra augusta Soberana. Sí, de paz y descanso. El justo, si fuese sobrecogido con la muerte, descansará en refrigerio, dice el Espíritu Santo. ¿Y no fue la justicia el her-

moso cingulo con que se ciñó esta víctima, consagrándose al servicio y culto de Dios desde su infancia? ¿No difundió el buen olor de claras virtudes por los dos mundos? ¿No edificó á nuestra España con singulares acciones de la caridad mas ardiente, de la humildad mas profunda, del mas generoso desprendimiento, de la conmiseracion mas recomendable? ¿No cumplió con las obligaciones de su estado, teniendo siempre impresa en su corazon la ley santa del Señor? ¡Ah! Es poco. Prevenida por la gracia, ilustrada con las luces de la fe, ¿no trató seriamente de su santificacion, viviendo una vida escondida con Cristo en Dios, oyendo continuamente la trompeta que la cita á juicio, sobresaltada con el justo temor de los incomprendibles juicios del Altísimo? ¡Oh!

Sea víctima consagrada á Dios en el tiempo, dirán los maldicientes y calumniadores: mas ¿donde está el fuego que la consume? ¿donde el altar en que se inmola? ¿donde el cuchillo que la divide? Las enfermedades largas y penosas, el lecho del dolor, son la terrible ara en que prueba Dios la fidelidad de sus siervos, los purga de sus imperfecciones, toma satisfaccion de sus defectos, los avisa para que rectifiquen la cuenta, los fortalece con gracias abundantes para vencer al enemigo comun, mortifica y apaga los sentidos, los hace morir lentamente, los purifica de toda terrena afeccion, y preparados y acrisolados así perficiona el sacrificio absorviéndolos en su misma inmensidad. Pero en la muerte repentina: ¡que desgracia! la violencia del accidente para la circulacion de la sangre, suspende la accion vital, resiste los auxilios de la medicina, apenas da lugar á los consuelos del espíritu; precipita los sentidos y potencias en la convulsion destructora de su naturaleza, y un sopor mortal deja inerte el

alma, acaso sin otro movimiento sensible que su presentación improvisa ante el tremendo tribunal del inexorable Juez de vivos y muertos, que con severidad la condena, ó con misericordia la absuelve. Instruidos por la Iglesia nuestra Madre pedimos á Dios sin cesar que nos libre de la subitanea muerte temible por sí, mas temible por sus peligrosos é irreparables resultados.

Empero tranquilizaos. No me es lícito ni posible investigar las sendas inescrutables de la Divina Providencia, que tiene desde la eternidad señalado el género de muerte con que ha de terminar la vida temporal cada uno de los mortales: con todo permítaseme preguntar: ¿es acaso la muerte inesperada señal indudable de la indignacion del Omnipotente? ¿no prosperan los impíos, y mueren consumidos en la senectud, excepto los sanguinarios y dolosos que descienden á los infiernos en la mitad de sus años? ¿ó está por ventura abreviada la mano del Señor en orden al último llamamiento de los escogidos? ¿No es propio de su misericordia inagotable llamarlos á sí, cuando han dado el fruto sazonado, y llenado sus dias segun cumpla á sus designios? ¿Como, cuando, donde? ¿esta provechosa incertidumbre no es la comun condicion de la muerte? Temblemos. Predicho está, que la venida del Señor ha de ser como la de un ladron, sorprendiendo á los predestinados, y á los pecadores; con la diferencia, que hallará á los unos prevenidos, y á los otros distraidos y disipados.

La Iglesia, órgano infalible de la verdad, enseñándonos á orar para que no nos sorprenda la muerte repentina se propuso el mas loable fin. ¿Cuanto tiempo, cuanta gracia no necesita el pecador para recobrar la amistad de Dios, y el derecho al reino de los Cielos? ¿cuantos dones

y carismas no necesitan los mismos justos para perseverar fieles obrando su salud hasta el fin, hasta el último instante de su vida? ¿que vigor no consiguen unos y otros recibiendo los santos sacramentos para entrar en el camino de toda la carne: con susto aquellos, con tranquilidad estos? Sin embargo la disolucion momentanea é improvisa consumó los méritos y virtudes heroicas de muchos Santos que veneramos en los altares. Desengañémonos, cuando el eco de la muerte es la vida del cristiano, no hay peligro en la sorpresa.

Así que los justos como Isabel de Braganza no mueren desprevénidos, aunque sean súbitamente arrebatados. Tendamos la vista sobre la vida interior de tan piadosa Reina, y notaremos que fue una continua preparacion para la muerte, ó mas bien una anticipada union con su Criador, cuya posesion deseó con tanto ardor. Su corazon limpio fue el altar en que diariamente se inmoló. Su conformidad en la vida ó en la muerte el fuego que la consumió. Los encendidos actos de religion y piedad el cuchillo que dividió su espíritu del cuerpo. Calle pues la maledicencia.

No bastan, hermanos míos, no bastan los deseos para conseguir el reino de los Cielos, es necesaria la fuerza para arrebatarlo. No basta renunciar al mundo con sus pompas, y al diablo con sus obras, es necesario apelar á las armas de la milicia cristiana, para triunfar de los asaltos y tentaciones de tan formidables enemigos que nos circuyen para devorarnos. Nuestra justificacion es obra de la gracia de nuestro Señor Jesucristo; nuestro sin embargo es el trabajo y la cooperacion, el teson y perpetua lucha, las preces y oraciones para recibir mayor y mas copiosa gracia, y hacer cierta nuestra vocacion y eleccion. La Re-

ligion con sus poderosos auxilios es la que nos da la victoria.

Convencida pues nuestra virtuosa Soberana de su flaqueza, y segura de los peligros inminentes que la rodeaban, ¿con que retiro y abstraccion no vivió en medio del bullicio, sorpresas y lisonjas de las Cortes, y de los manejos é intrigas de los gabinetes? Madrugaba para buscar á Dios, como David, y pedirle que conservase íntegra su pureza, y preservase su inocencia de los lazos que le tendian sus enemigos. Nutría su espíritu con la frecuente lectura de libros espirituales, y meditaba las virtudes heroicas del Santo del dia para copiarlas en su alma, imitarlas y egercitarlas segun la mensura de la gracia que le habia dispensado el Espíritu de Dios. Oía todos los dias, sana ó enferma, el divino Sacrificio del Altar; contemplaba con ternura, gratitud y amor el misterio incomprehen- sible de la Cruz, el testamento de las finezas de Jesucristo con los hombres: renovaba su memoria, y adoraba aque- lla preciosa sangre, de cuya digna participacion pendia su salud, su libertad, su redencion, su santificacion y glo- rificacion: asistiendo en los festivos á la Misa mayor de la Real Capilla, para público testimonio de la pureza de su creencia, de su veneracion á la religion, y de ciega obe- diencia á los preceptos de la Iglesia. Si el piadoso Rey su augusto Esposo reza todas las noches en su oratorio el santo Rosario formando comunidad con todos sus sirvien- tes y criados, ella se asocia á este religioso coro, para dar á entender á los Cortesanos y Palaciegos que prefiere los devotos egercicios en que se interesan el culto de Dios, y las alabanzas de su Santísima Madre, que reverenciaba como á su númen tutelar, á las glorias engañosas del ce- tro, y á las delicias transitorias y despreciables de la tierra.

Consideraba las prodigiosas transformaciones, y pasmosos efectos de los dones celestiales, que descienden del Padre de las luces con mas ó menos abundancia, segun el aprecio que se hace de ellos: comprendia con claridad la necesidad de esta fecunda lluvia que fertiliza los huertos cerrados, y suaviza la subida al monte de Sion: ¿y cual era su temor y temblor? ¿con que constancia y humildad oraba? ¿con que pureza de intencion obraba? De aquí aquella vigilancia suma sobre los sentidos, esas puertas espaciosas del pecado, y de la muerte. De aquí aquel firme candado en la lengua, y fuerte antemural en los oidos, para que ni el uno se abrigue á la murmuracion, ni el otro se rompiese para escucharla. Jamas lastimó la fama del prógimo, porque quando estimulada por su conciencia manifestó á su caro Esposo lo que saber le convenia, se portó con tal prudencia, que previno el mal que amenazaba al Estado, y dejó intacta la opinion del vasallo. De aquí aquella paciencia inalterable en las aflicciones y disgustos que nunca faltan en los Palacios de los Reyes. De aquí aquella resignacion egemplar en la muerte de la Infanta. De aquí aquella ecuanimidad que no desmintió ni con expresiones de cólera, ni con muestras de abatimiento. Compelida á reprehender conservó todavía el carácter amable de cariñosa madre, valiéndose de estas cláusulas afectuosas: *hija, mira lo mejor: por tu bien te lo digo: no te conviene: despues te pesará.* De aquí aquel anonadamiento ante los altares del Excelso: aquellas lágrimas abundantes: aquella desolacion indecible pensando en la incertidumbre de su destino, y pareciéndole que el grave y temible peso del cetro la inclinaba á su perdicion eterna; porque inandada en amargo llanto exclamaba: *Dios mio, ¿si me ha-*

*breis dado aquí tanta gloria para disminuirmela, ó privarme de ella en los Cielos?* Fieles domésticos, vosotros que fuisteis testigos oculares de tanta perplexidad y angustia, referidnos el alto grado á que se remontó esta feliz víctima en el desprecio y desasimiento de los bienes terrenos, y en el deseo de los incommutables, invisibles y eternos.

Este insaciable deseo la lleva con suavidad y frecuencia á las fuentes perennes de la gracia, donde expía su espíritu, y queda limpio de toda mancha: donde come el pan de la vida: donde gusta con anticipacion las delicias de la inmortalidad: donde desaparecen las mortales ansiedades que martirizan su alma. ¡Que previas diligencias para la confesion! ¡que riguroso exámen! ¡que sumo dolor de sus faltas! ¡que limosnas! ¡que oracion y obras de fructuosa penitencia para satisfacer á la divina justicia! Antes de recibir la sagrada Eucaristía, el alimento de los viadores, la medicina de los enfermos, el remedio de las culpas, ¿como prepara la morada al dulce huésped del alma? ¡que fe! ¡que caridad! ¡que esperanza! ¡que piedad y devocion! Tanta era su profunda humildad y reverencia al celestial y venerable Sacramento, que separando con el pie la almoadilla, signo de distincion en las Personas Reales, hincaba sus rodillas en el duro suelo para recibirle: tanto su respeto y veneracion, que llena de saludable temor decia: *que jamas tendria valor para recibir al Señor sin previa confesion, aun cuando su conciencia no le arguyese de culpa grave.* En este sobrenatural convite mezclaba su vida con la de su Criador, ó viviendo la misma vida de su Criador, elevábase sobre todo lo mortal y caduco, prorumpiendo con el Apóstol: ¿Quién me librárá del cuerpo de esta muer-

te? Deseo mi disolucion , y unirme para siempre con el Amado de mi corazon. Cierto que mi vida es Cristo , y mi lucro la muerte.

Por esta causa fluctuaba entre la vida y la muerte: esta le place , aquella le pesa ; pero ni teme vivir, ni rehusa morir. Porque las flechas que se ven venir hieren menos , muere todos los dias, ofreciendo al soberano Juez el holocausto de la vida temporal, abriéndole las puertas del alma , y apresurándose á salir del cuerpo contenta con la recompensa que corona las buenas obras, ¿no vió con ojos tranquilos la muerte próxima en su primer parto? ¿no la esperó alegre entre dolorosas operaciones y penas amargas? Es indudable que se dispuso para morir no con la práctica ordinaria de las devociones acostumbradas, sino con confesion general de sus pecados , como si exhálase ya el último aliento. Con razon previno el gran riesgo que corria. No parece sino que presentia su muerte en los trabajos laboriosos de la preñez ó del parto: conveniente castigo del gravísimo crimen que la introdujo en el mundo.

El resto de sus dias puede considerarse como mas inmediata disposicion para la consumacion de su sacrificio en olor de suavidad. ¿Que constancia no manifestó en sus peculiares devociones á nuestro Padre Jesus Nazareno, cuya imágen tenia en el reclinatorio de su gabinete , á nuestra Señora de los Dolores , á San Rafael y San Francisco de Paula? ¿que frecuente concurrencia al templo de nuestra Señora de Atocha? ¿que firmeza en proteger y extender los piadosos egercicios de religion que tan escandalosamente zahieren los impíos? Para promoverlos por Madrid , y por todos sus dominios , y reformar el desorden de las costumbres públicas , admitió el cargo de Her-

mana mayor de las principales Cofradías y Congregaciones de la Corte. Ningun tiempo borrará estos monumentos auténticos de su amor á la santa religion.

Mientras mas se aproximaba su fin , mas se abstraia del mundo : mayores eran los incendios de su caridad , y mayor el cuidado de ocultar sus virtudes. Ya sus confesiones y comuniones no fueron mensuales ; y en las festividades del Salvador , y de su Santísima Madre , que santificaba con este culto especial , segun el método de su reglada devocion. Díganlo sino los trece viernes en que visitó la Iglesia de San Francisco de Paula , y comulgó en ella , saliendo de Palacio al amanecer , acompañada del Rey , en una berlina sin ninguna insignia de la Casa Real para no ser conocida. Díganlo sus confesiones y comuniones semanales en el oratorio que por sí misma aparejaba en su cámara interior para que no lo notasen los domésticos. Dígalo su frecuencia en los templos consagrados al culto de la Virgen María , que veneraba como el signo grande de su predestinacion. Dígalo aquella firmísima resolucion de concurrir á los Maitines y Misa de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo , haciendo decir despues en su oratorio tres Misas rezadas , y recibiendo en una de ellas la sagrada Eucaristía. Representele uno de su servidumbre los peligros y novedades á que se expone por asistir á tan gran solemnidad : hágale entender que Dios penetra los piadosos afectos de su alma ; y responderá con la fortaleza digna de una Reina cristiana que procura dar buen egemplo en todas sus acciones , obras y palabras : *Si, Dios lo ve , pero el público lo ignora.* ¿Y fue esta disposicion para el feliz alumbramiento , ó preparacion próxima para nacer á mejor vida , y celebrar con los Angeles , Patriarcas y Santos en los Cielos el misterio inefable

del primer advenimiento del Salvador á la tierra? Acaso parangonando la inconstancia de los bienes presentes con la duracion inacabable de los celestiales como tenia de costumbre, ¿presagió el pronto tránsito de unos á otros? ¿ó conoció por ventura que entregaria su alma pura al Criador en la noche del siguiente dia?

¡Oh vanas esperanzas de los mortales! Cuando nos prometíamos ver un vástago de la Real estirpe de los Borbones, y asegurada en él la sucesion del trono : cuando la robustez y florida edad de la Reina nos ofrecian dilatados años de vida y prole numerosa : cuando sus esclarecidas virtudes nos daban motivo para admirar con el tiempo otra Isabel la Católica, delicias, gloria y ornamento de España : entonces corria rápidamente al sepulcro: entonces la parca secretamente cortaba el hilo de su vida: entonces ::::

Ea, sus, víctima pura : víctima agradable á los ojos de Dios, sal de este valle de lágrimas: rompe, rompe los lazos que te ligan en este seductor teatro de tentaciones, y contradiccion. Sal, no te detengas: vuela al Empireo para ser coronada. Sal, no temas : tú has consumado larga carrera en breves dias. La senectud computada por dilatado espacio de años no es venerable. La vida immaculada es la edad de la senectud. El Señor te llama, no sea que la maldad corrompa tus pensamientos, ó la ficcion emponzoñe tu alma. Sal, sal pronto de este lugar de iniquidad, y arrebatada la vida inmortal, el fin del sabio.

En efecto, el Omnipotente cubrió con la sombra de su misericordia, y absorvió en su inmensidad por toda la eternidad á María Isabel de Braganza en la noche del 26 de Diciembre del año próximo pasado, porque se consagró á su servicio en la veloz carrera de su mortal pere-

grinacion. Dichosa víctima que goza de Dios. Desdichados nosotros que hemos experimentado tal pérdida. Sí, porque faltó el gozo de nuestro corazón: convirtióse en lamentación nuestro canto. Cayó la corona de nuestra cabeza: ay de nosotros, porque pecamos. Por esto nuestro corazón está triste: por esto se han obscurecido nuestros ojos.

Así que llora, desconsolado Monarca, porque has perdido una parte de tí mismo con la terrible separación de la compañera amable que formaba tus delicias por la perfecta conformidad de los ánimos, del zelo por la fe, de la devoción, de la prosperidad del reino, y del más tierno amor á los vasallos.

Serenísimos Infantes desolados, llorad, porque visteis desaparecer momentaneamente una cariñosa hermana, que prefirió la voz de la naturaleza, y los vínculos de la sangre á las prerogativas del solio.

Prelados y Sacerdotes afligidos, ceñíos con cilicios, rociad vuestras cabezas con ceniza, y acompañad con lágrimas y oraciones este tránsito, de la que durante su vida fue Protectora de la Religión con palabras y obras, y no cuidó menos de vosotros, y de vuestras necesidades.

Pobres, viudas, huérfanos, atribulados, llorad, porque os ha faltado el refugio, el amparo, el consuelo, la protección.

Invicta Corte de Madrid, llora, porque ya no es aquel encanto que te recreaba con los hechizos del amor y de la virtud. Retira tus ancianos de los Consejos, y tus jóvenes de los festivos coros de las danzas y cantares.

Europa, Asia, Africa, América, llorad con llanto amargo, porque murió la generosa Madre que señaló los caminos de vuestra temporal felicidad, y os mostró

con su ejemplo las sendas de la inmortalidad.

Ceuta, llora, derrama lágrimas abundantes, inconsolable; porque ya no existe la viva imagen de tu glorioso conquistador: de aquel religioso Soberano que desbaratando las fuerzas musulmanas, te restituyó con la paz, el orden y civilidad el luminar resplandeciente de la fe, que habias perdido por tus dolos é iniquidades.

Españoles de todas condiciones, lloremos; mas no como aquellos que carecen de esperanza: sea fructuoso nuestro moderado llanto. Postrémonos pues ante el trono del Excelso, y ofrezcámosle estos sufragios y oraciones por el descanso eterno del alma de nuestra Reina, no sea que detenida en el lugar de la purificacion de los justos, nos diga: Compadeceos de mí, compadeceos de mí á lo menos vosotros que sois mis amigos, vosotros que tenéis obligacion de redimirme de estas penas, vosotros á quienes dispensé mi real munificencia, y edificué con mi vida ejemplo pública y privada.

Roguémosle tambien con instancia para que llene de consolacion y dulzura el corazon de nuestro Católico Monarca el Señor Don Fernando VII, conturbado y contristado no solo con la muerte de su cara consorte, mas con la de sus augustos Padres y Señores. ¡Que cúmulo de infortanios! ¡que continuacion de desgracias! El Omnipotente ha inundado su alma de amargura: lo ha probado por agua y fuego: ha tentado sin duda su fidelidad para premiarlo despues como á su siervo Abrahan, dándole paz, sucesion y prosperidad. Deber nuestro es compadecerlo en tan duro quebranto, tomando parte en sus penas, é interesándonos en su alivio. Las súplicas fervorosas deben ser el fruto de nuestra compasion. Somos miembros de este cuerpo político, y á semejanza del na-

tural no podemos rehusar tan justo obsequio á la cabeza que lo anima, vivifica y gobierna.

Búrlense de esta celestial doctrina los impíos, los enemigos del órden social: acometan todavía locas y vanas empresas los conspiradores contra el sacerdocio y el imperio, que sin duda alguna el Altísimo en su ira los hará víctimas de su crimen horrendo; mientras que en su misericordia derrama los torrentes de su gracia sobre los verdaderos discípulos de su dilectísimo hijo, que como leales vasallos impriman en sus almas las esclarecidas virtudes de su difunta Soberana: mueran al mundo, y á sus vanidades, y se revistan de las armas de la milicia cristiana para triunfar de sí mismos, y glorificar á Dios en la prosperidad y adversidad, en la humillacion y exaltacion, en la vida y en la muerte: de suerte que siempre pendientes de la divina voluntad, y poseidos de los sublimes afectos del Apóstol San Pablo, ora lentamente mueran, ora sean subitaneamente arrebatados, puedan decir con María Isabel de Braganza: *Cierto que mi vida es Cristo, y mi ganancia la muerte. Mihi enim vivere Christus est, et mori lucrum.*





1°  
M

13°  
NL



BRITISH MUSEUM





